

**Roberto Bolaño:** Discurso en Caracas, a propósito del Premio Rómulo Gallegos de Novela, de 1999

**Dice César Aira:** No importa todo lo revolucionaria o provocadora que sea la obra: esos valores de ruptura e innovación cuentan solo en un primer momento, en la aparición de la obra, en la recepción que lleva implícita. Después, cuando trabaja el tiempo, vuelven a imponerse, a favor o en contra, los valores tradicionales.



# Papel Literario

FUNDADO EN 1943

## EL NACIONAL

DOMINGO 30 DE JUNIO DE 2019

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Rebeca Martínez

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

• Twitter @papelliterario

A PROPÓSITO DE LOS 100 AÑOS DE SU MUERTE

VÍCTOR BRAVO

1 A cien años de la muerte de José Gregorio Hernández (Isnotú, 26 de octubre de 1864 – Caracas, 29 de junio de 1919), su figura se agiganta por el inmenso sentimiento de bondad, por la irradiante dimensión ética y en la paradójica confluencia de la afirmación vital de vida y el irrenunciable impulso hacia lo divino.

Puede decirse que la bondad, el amor al semejante: mano extendida para, desde la fragilidad de sí, atender a la fragilidad del otro, tal como ocurre de manera contundente en el amor materno y, en vertiente contraria, la crueldad y la violencia contra el otro, se encuentran también, paradójicamente, en la estructura pasional del ser, constituyentes también de la condición humana, como la otra orilla del río de la vida, y que, de Plauto a Hobbes es posible sintetizar en la expresión *homo homini lupus*. Quizás podría decirse que el gran aporte del cristianismo a la aventura humana sobre la tierra es el sentimiento de la bondad y el bien, como entrañable lazo de un humano ser y otro. Y ese lazo se enhebra en la eticidad, acaso la más humana de las configuraciones de la espiritualidad sobre el lienzo del mundo. El cristianismo le da a la civilización los dones de una ética de la bondad y el bien; y una ética de la esperanza y el perdón.

En el horizonte de 153 años de su nacimiento y cien años de su fallecimiento, el arco de una vida, la de José Gregorio Hernández, brilla con las resonancias de la bondad y de una dimensión ética a toda prueba.

2 Si recordamos la hermosa frase kantiana, “El cielo estrellado sobre mi cabeza, la ley moral en mi corazón”, y nos permitimos jugar un momento sobre su sentido para reflexionar sobre la vida de José Gregorio Hernández, podríamos decir que dos fuerzas contrarias y complementarias tejen en esta vida: la vocación de santidad, que lo llevará por los caminos de la oración hacia una discreta soledad donde se abrirá el camino a lo divino, con su llamado y su imposibilidad a la vez; y su vitalidad en el estar-en-el-mundo, orientado por la ley moral de su corazón, desplegando la bondad, en su práctica médica y en la enseñanza, que lo llevó a ser una de las personas más queridas por sus contemporáneos; amor que no deja de multiplicarse desde aquel fatídico día de junio de 1919. El ansia de santidad va unida sin duda a la humildad, otro de los grandes sentimientos cristianos que lo llevaban a no sentirse digno, tal como dice en profundidad la oración, “señor, no soy digno de que entres en mi casa”; iluminado por el brillo de la fe desde niño que lo lleva a “estar en Dios”, a intentar alcanzar la experiencia de lo sagrado. La fe, ese escudo que, como la atmósfera que protege a nuestro quizás errático planeta de los devastadores rayos cósmicos, nos protege contra la angustia, según las palabras de Kierkegaard, y que nos es arrebatada por los vientos de la modernidad y la secularización.

3 Una vida como desprendimiento y viaje a lo sagrado que lo llevará a habitar la oración como se habita el verso de un gran poema, a intentar huir del mundo; y así, en 1908 su retiro a la Cartuja de Lucca, en Italia, donde, como Fray Marcelo vivirá en el silencio y en la oración; y luego, en 1913, insistirá en el Colegio Pío Latinoamericano de Roma, pero la salud le impedirá cumplir con su fundamental intencionalidad: viaje de la vida hacia el

# Fe y pensamiento en José Gregorio Hernández

Vida inscrita en el camino de la santidad, José Gregorio Hernández (1864-1919) fue un devoto católico, médico, científico, generoso y activo filántropo, y franciscano seglar

cielo estrellado, hacia la casa de Dios, y regreso en una suerte de imposición divina para estar-en-el-mundo y asumir su destino en la enseñanza y en la práctica de proteger la salud de sus contemporáneos, desde el Presidente de la República, Juan Vicente Gómez, que admiraba su genio profesional, hasta la casa más humilde de la ciudad, a la que llegaba, atendía al humilde paciente, y muchas veces salía a la botica más cercana y regresaba con los medicamentos y los pasos de su bondad.

El doctor Hernández fue un distinguido académico de la UCV. Después de estudiar becado en París con el famoso bacteriólogo Matías Duval, trae el primer microscopio al país, funda la Cátedra de Histología, inicia una investigación experimental, en el espíritu mismo de lo que será la Uni-

versidad venezolana, y será uno de los pioneros de la moderna medicina venezolana.

Entre 1909 y 1913, el doctor Hernández realiza una serie de publicaciones científicas que lo llevan al más alto reconocimiento. Se reeditan sus *Elementos de bacteriología*, de consulta recurrente por los estudiantes; y como resultado de su investigación, acompañado de estudiantes y colegas, publica su importante trabajo “De la nefritis en la fiebre amarilla”; en abril de 1910 aparecen publicados en la editorial de *El cojo ilustrado*, sus *Elementos de embriología*; en abril, en La Gaceta Médica de Caracas su trabajo “Lesiones anatomopatológicas de la pulmonía simple o gripal”; en 1912, con su discípulo

Felipe Guevara Rojas, publica el “Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla”, entre otros trabajos.

4

A lo largo de 1912 publica en *El cojo ilustrado* tres hermosos cuentos: *Visión del arte*, donde hace confluír belleza, arte y divinidad; *En el vagón*, atravesado por la reflexión sobre determinismo y libertad; y *Los maitinis*, en homenaje a La Cartuja que representará para el escritor el centro de la sacralidad. Es también el año de publicación de su *Elementos de filosofía*, donde problematiza la relación entre ética y estética y donde pone en evidencia su conocimiento de momentos fundamentales de la filosofía en Occidente, de manera especial de la filosofía griega y de la filosofía

cristiana de la Edad Media.

José Gregorio Hernández repartía los dones de la bondad en su entorno familiar, del que era sostén y guía espiritual; en sus amigos, en especial en su amigo de estudios y de pasión por el conocimiento, Santos Domínguez; en su entorno académico y científico, donde practicaba una aguda tolerancia, tal como ocurría con Luis Razzeti, eminente médico y profesor, de manera especial en la polémica auspiciada por este sobre Creación y Evolución, en el eco de las recientes propuestas de Darwin. Especial atención merece su relación con Rafael Rangel, frágil y genial, quien en situación conflictiva de vida, y teniéndolo como modelo a seguir, demandará su amor y protección. Enceguecido quizás en su conflictividad, no veía la continua mano extendida del maestro que de manera discreta, donde una mano no se enteraba de lo que hacía la otra, lo protegía y le abría puertas para que el joven de Betijoque encontrara sus oportunidades. Hernández sufrió en silencio, como si de un cilicio se tratara, los torvos señalamientos de una persona u otra, después del suicidio de Rangel.

5

En la trayectoria de vida de José Gregorio Hernández cabe destacar sus dotes de bailarín, en fiestas familiares en Caracas e Isnotú de su juventud, y su talento musical, sobre todo para el piano; y es de destacar la claridad ética de su vocación de vida dedicada a Dios, atravesando con bon-

dad y firmeza las “tentaciones en el desierto”, tal la expectativa amorosa de la hermana de Santos Domínguez, rápidamente desencantada, tal la serena actitud ante Madame Chatton, cuando sus amigos de estudios quisieron hacerle una broma en sus días en París

6

En sorprendente frase del “Prólogo” a la segunda edición de *Crítica de la razón pura*, Kant dice: “Tuve...que suprimir el saber para dejar sitio a la fe”: el pensamiento y la fe como líneas paralelas para forjar distintas visiones de mundo, la necesidad de recuperar la fe como escudo para salvarnos de la condición abismal del sin sentido. En la vida de José Gregorio Hernández esas dos líneas se materializan en dos tipos de viaje, con distinta intencionalidad, atravesando el Atlántico: el viaje hacia la formación académica; y el viaje para la separación del mundo y así acceder a la plenitud de la sacralidad. Testimonio del cruce de esos dos tipos de viaje, vitales en su vida, es la foto tomada en Nueva York el 6 de octubre de 1917, convertida luego en ícono de su estar-en-el-mundo. El escritor Raúl Díaz Castañeda, su más importante biógrafo, nos ha revelado la poderosa gravitación de la figura de José Gregorio Hernández como hombre de conocimiento y de pensamiento y como hombre de inquebrantable fe y bondad; ha señalado su aporte a la cultura venezolana; y a la espiritualidad, acaso lo que justifica la presencia del hombre en el cosmos. ☉



## ENTREVISTA &gt;&gt; A PROPÓSITO DE SU MAGNÍFICO DIARIO EN RUINAS (1998-2017)



ANA TERESA TORRES | VASCO SZINETAR ©

# Ana Teresa TORRES:

## Contra la expropiación de lo privado

Narradora, ensayista, diarista y articulista, Ana Teresa Torres es Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua

NELSON RIVERA

**M**ientras leí *Diario en ruinas*, he pensado en las limitaciones de nuestra capacidad para recordar. Había dejado atrás entre 70 y 80% de los hechos que usted recapitula. ¿Experimentó la sensación de estar recuperando una memoria casi perdida, mientras investigaba y escribía este libro?

Esa fragilidad de la memoria, que no es como se dice un defecto de los venezolanos sino una condición fisiológica normal de los seres humanos, fue precisamente una de las motivaciones que me llevaron a escribir el diario. Registrar lo que olvidaríamos los que vivimos estos años y lo que desconocerían los que eran demasiado niños o no habían nacido todavía. Igual que el posible lector va recorriendo hechos y situaciones que había olvidado, me ocurría lo mismo al escribirlo. Algunos simplemente perdidos en mi memoria, otros trastocados en las fechas o equivocados en los nombres y circunstancias. La escritura me devolvía el testigo que había sido y que necesitaba recuperar sus testimonios. Y valga la acotación de que lo recapitulado no es ni por asomo exhaustivo. Estoy segura de que cada quien puede encontrar sus propios registros.

Aunque Usted ha escrito una cronología de la destrucción, la sensación que produce su lectura es la de *acumulación*: la de estar cada vez más *sepultado* por la cantidad y simultaneidad de los hechos. ¿Cómo se mantiene el control narrativo ante semejanza avalancha? ¿Cómo está proyectada su experiencia como novelista en este *Diario en ruinas*?

Es interesante esa paradoja, lo que se propone como negatividad termina por ser una acumulación. Hay que añadir algo importante en este proceso de desmemoria y es la estra-

tegia de la proliferación de cuestiones y problemas que el régimen ha utilizado, como lo han hecho otros regímenes de naturaleza similar. Consiste precisamente en sepultar al individuo con la producción de hechos, circunstancias, fechas, conmemoraciones, proyectos, anti proyectos, noticias, anuncios, cambios, modificaciones, sustituciones de nombres y personas, falsos héroes, falsos villanos, comportamientos absurdos e inesperados y una extensa gama de sucesos comunicacionales que terminan por generar confusión y olvido, y, sobre todo, desinterés. El individuo queda incapacitado para recordar, pensar, juzgar, discernir, y prefiere encerrarse en su propia conciencia. Dicho de otro modo, es una estratagema que oculta un secreto, lo que verdaderamente está ocurriendo, es decir, la destrucción de un país, de su gente y sus instituciones.

Efectivamente tiene un efecto de avalancha, y el control de la narración lo encontré en la cronología. “A cada día su pena”, dice un refrán francés. Seguir el curso de los días con la ayuda de guías; una, mi propio registro escrito en artículos de prensa que me permitían recordar no solo lo que iba ocurriendo sino mi perspectiva de los hechos (ya que se trata de un diario, y por lo tanto respetar mi subjetividad era clave en su composición). La otra guía fue la hemeroteca en línea y algunos recortes de prensa que guardé al estilo antiguo de recortar fragmentos de periódico.

La acción narrativa creo que puede verse en que el libro está planteado como un relato, y como tal trata de seguir una de las máximas fundamentales de la novela: que cada capítulo haga avanzar la narración.

**Si me permite, diré que su diario teje cuatro relatos de lo real: la acción destructiva del poder contra la ciudadanía y la institucionalidad democrática; la reacción perpleja o la resistencia de personas y grupos de la sociedad; el análisis o metaforización de los episodios o del curso de los hechos; y, lo fundamental, la presencia amorosa, quizás salvadora, de la familia y los amigos. ¿Responde esto a una estructura deliberada?**

Leer el diario como estructurado en esos cuatro relatos, es una definición estupenda del libro; me inclino por pensar que esa estructura surgió de la propia escritura. Me proponía contar lo sucedido y lo sucedido era todo eso.

**Cuando habla de *La herencia de la tribu*, el 28 de noviembre de**

**2007, recuerda a esa mujer maravillosa que fue Michaelle Ascencio. Ambas usaban la expresión “el apostolado”, al empeño de explicar “las razones y sinrazones del imaginario venezolano”, y la vinculación de este con la revolución bolivariana. Se trata de uno de los ejes más firmes y no siempre visibles, de *Diario en ruinas*. ¿Podría ofrecernos una síntesis de este pensamiento?**

Siempre he pensado que una de las razones de la instalación y permanencia de este régimen ha sido la incompreensión de sus propósitos, motivaciones y estrategias, de las cuales el discurso público fue una de las más eficientes. Esa incompreensión puede tener muchas causas, y una de ellas es la negativa a creer lo que estaba pasando. Michaelle Ascencio, como antropóloga, y yo, como psicoanalista, teníamos en común el hábito de *ver* para comprender, y de mirar con la mayor fidelidad posible lo que está frente a los ojos. Quiero decir que intentábamos destacar los elementos psicosociales y míticos que el discurso inflamaba y le daba fuerza a lo que para algunos no era sino una habladera de pistoladas, como dice el venezolanismo. Es decir, intentar articular ese discurso con el imaginario venezolano, pero entrar en eso excede el marco de esta entrevista.

**Usted habla de que, por momentos, la violencia que ejerce el poder carece de beneficios políticos. Por lo tanto, hay que remitirse a “la lógica de la violencia, (...) al placer perverso de herir, matar, torturar”. Mi sensación es que denunciamos a las instituciones para no preguntarnos por los hombres y las mujeres que cometen estos crímenes. ¿Existe este mecanismo evasivo de interrogarnos por las responsabilidades individuales?**

Probablemente denunciar instituciones es menos riesgoso que nombrar directamente a personas. Trabajos como el de Tamara Sujú, por ejemplo, son impensables viviendo dentro del país. También la evasión a veces oculta oscuras alianzas y complicidades. Sin embargo, en los últimos años pareciera que esa tendencia ha ido cambiando y hay una mayor individualización de la denuncia, en lo que sin duda tienen peso las sanciones contra altos funcionarios que han emitido algunos países, sobre todo Estados Unidos y Canadá.

**En algún momento asume como un error debatir con escritores afectos al régimen, en situaciones de extrema polarización. Pero en**

**la entrada del 10 de julio del 2013, aborda la cuestión desde otro flanco: hay que ocuparse de lo grave y no de lo insignificante. ¿Cree que hoy tiene sentido intentar algún debate con escritores al servicio del régimen?**

En la entrada que señala me refiero a un artículo que escribí a propósito de una entrevista a Ricardo Piglia, jurado del premio de novela Rómulo Gallegos que había ganado el año anterior. No escribí ese artículo porque pensara que llevaría a alguna conclusión sino porque me molestó mucho que hablara de nosotros como si supiera y calificara de estalinistas a los que no queríamos participar en el concurso. No fue un intento de debate sino más bien una catarsis. Otro tanto pudiera decir de una respuesta que mucho tiempo atrás le di a Mario Benedetti, por razones más o menos similares.

Contestando la pregunta, no creo que tiene, ni tuvo nunca, algún sentido intentar debatir con escritores afines al régimen. La ideología, la complicidad y la falsa moral de la izquierda dogmática, con frecuencia se

# “

**La destrucción se consumó y creo que no hace falta ser pesimista para reconocerlo”**



VICTOR KLEMPERER (1881-1960) | THEJ.C. COM, URSULA RICHTER ©

alzan como un obstáculo infranqueable. Todavía hoy, con toda la información que circula acerca de Venezuela, un buen número de intelectuales –sean europeos, latinoamericanos o estadounidenses– mantienen su firme defensa. En cuanto a los intelectuales venezolanos al servicio del régimen, unos (pocos) se han alejado públicamente, otros guardan silencio y quizás algunos se han expresado críticamente en medios que no conozco.

**En mayo del 2003, usted escribe una frase que es como una oración: “Es necesario, es indispensable, volver a ser lo que somos”. ¿Podría desarrollar esta idea de que “la vida privada ha sido nacionalizada”?**

Ese año 2003 fue muy intenso en cuanto a resistencia activa de la comunidad cultural y yo me sentía secuestrada por la multiplicidad de acciones que me apartaban de los libros. Sentía la necesidad de recuperarme como escritora en ejercicio. Pero releendo la frase veo algo diferente y es la expropiación de lo privado que todo régimen tiránico impone. “Aquí no se habla mal de..., aquí se come clap, aquí se aplaude a..., aquí estamos muy felices porque tenemos patria”, etc. El individuo va perdiendo sus propias necesidades y deseos en un discurso que lo invade por todas partes y lo convierte en un ser “nacional”. Es indispensable para regímenes de esta categoría que las personas se desprivaticen, y se transformen en instrumentos colectivos de una maquinaria “nacional”.

**En la entrada correspondiente al 2 de julio de 2017 dice: “solo puedo pensar cuando escribo”. ¿Ha cambiado su visión de Venezuela, después de *Diario en ruinas*? ¿Hay un giro, un antes y un después de este libro?**

Quise decir que solo cuando escribo las ideas se articulan con claridad y desencadenan lo que estoy pensando, ahora bien, en cuanto a mi visión de Venezuela no creo que cambió demasiado por efecto de la escritura de este libro. Quizá, sí, una comprensión más ajustada de cómo se fue instalando la tragedia. Y utilizo el término en su sentido literal, ser actor y espectador de una historia que se dirige a la destrucción sin que pueda evitarse. No quiero decir con esto que la historia de Venezuela no pueda cambiar, el futuro siempre cambia, pero la destrucción se consumó y creo que no hace falta ser pesimista para reconocerlo.

**Por último: mientras leía *Diario en ruinas*, he recordado una y otra vez los diarios de Víctor Klemperer, publicados con el título de *Quiero dar testimonio hasta el final*. A pesar de las diferencias, hay un punto donde parecen encontrarse: la escritura como una modalidad psíquica de control, como un dique que impide que las aguas te arrastren.**

El libro de Klemperer fue precisamente uno de los estímulos más importantes, si no el mayor, para escribir el *Diario en ruinas*. Empezando por el título, *Dar testimonio hasta el final*, en la traducción española. Traducido al inglés es *I will bear witness* (daré cuenta, seré testigo), pero al mismo tiempo juega con otra acepción, soportar, cargar, tolerar. Y eso me llegaba emocionalmente en forma muy profunda. Leer aquel diario en que aquel hombre soportaba la constante humillación y el riesgo permanente de muerte, y soportarlo no solo en su alma sino escribirlo día a día para hacerlo constar para sí mismo y luego para todos los que hemos tenido la suerte de leerlo. No comparo la situación de Klemperer con la mía, porque son incomparables, pero su lectura me dejó una suerte de obligación moral de seguir su ejemplo en la medida de mis limitadas posibilidades, y desde mis referencias socioculturales que me permiten usar el humor y la digresión de vez en cuando. Hay a quienes les incomoda la persistencia en hablar y escribir lo que vivimos, y tienen por supuesto legítimo derecho a ello, pero somos también muchos los que desde distintos ángulos y en diferentes claves queremos que no se olvide –siguiendo la denominación del proyecto de Historias de todos–, *la vida de nos*. ☉

\**Diario en ruinas* (1998-2017). Ana Teresa Torres. Editorial Alfa. Caracas, 2018.

ENSAYO &gt;&gt; IMÁGENES DE LA DICTADURA A TRAVÉS DEL ARTE Y LA LITERATURA

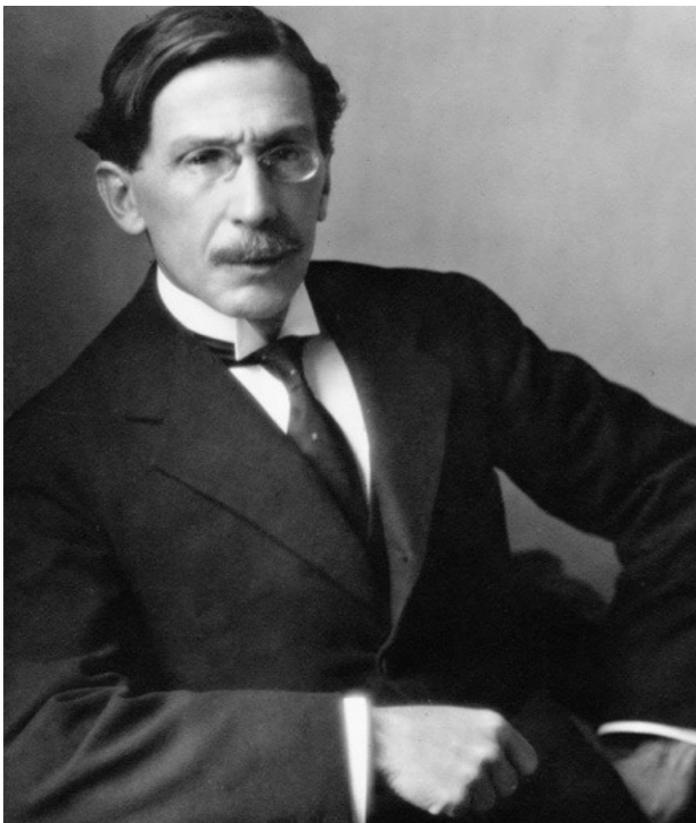
# La guerra de las artes

LUIS ENRIQUE PÉREZ-ORAMAS

“Una mañana, a comienzos del año 99” el general Ducharme se detuvo, de paso por el despacho presidencial, en un hombrecín impaciente que se agitaba de la larga espera con ojos vivaces velados por “una soñolencia india y sensual, midiendo la antesala con sus pasitos acelerados e inquietos”. Ducharme lo dejaría, indiferente a su cólera, solo para verlo subir unos meses más tarde, “rengo y lívido a causa de una pierna rota, las cuatro gradas del Salón Elíptico del Palacio Federal”, encumbrado en su revolución de pacotilla, ya ostentando para todos, en mala hora, el malhayado nombre de Cipriano Castro. Ninguna memoria de aquellos años de infamia, ninguna apología de la tiranía andina superará nunca la acerba ironía de José Rafael Pocaterra en las *Memorias de un venezolano de la decadencia*, título que aún nos sirve, cien años más tarde, a los venezolanos para dibujar la experiencia exacta de nuestras dos más recientes décadas.

Puede que nadie recuerde los nombres de quienes (des)governaron a Venezuela a fines del siglo XIX, pero la escena final de Díaz Rodríguez, para quien lea sus *Idolos rotos*, es más elocuente que todas las memorias de la revolución de Castro: aquella soldadesca que copulaba como animales salvajes dejando correr su semen por los cuerpos de yeso de las esculturas en la Escuela de Bellas Artes no ganó, al final de cuentas, la guerra. Fueron las estatuas mudas y maculadas, fue la deposición de la escritura y el testimonio valiente lo que se impuso sobre la memoria gris de la mediocridad histórica. Tampoco Venezuela llegó a ser verdaderamente independiente hasta que, a fines de aquel siglo XIX, pudimos los venezolanos contar con una imagen elocuente de la gesta y ver la figura de sus próceres, que le debemos a los pinceles de nuestros maestros académicos y a nuestros primeros legendarios narradores. Porque la única potencia de las obras de arte, que no podrá hacer palidecer ningún empeño del poder ni ninguna violencia de la vanidad política, reside en su persistencia: persistencia de su memoria para dar cuenta exacta de un tiempo, de una época, para erigirlos en el imaginario colectivo. Y nada vence más al horror, ni es con más dulce lentitud en su venganza, que el testimonio de los artistas.

Que lo mejor de la nueva narrativa venezolana se haya volcado enteramente a hacer el retrato descarnado del hundimiento y del pillaje que el chavismo ha acometido en contra de la nación es tan elocuente como la tragedia de los millones de venezolanos que huyen de sus efectos. No



MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ (1871–1927) | WIKIPEDIA

podrán las generaciones por venir eludir esa verdad, ni podrá nadie ignorar lo que fue Venezuela bajo el más abyecto de sus regímenes políticos y esto, que las recientes y justamente celebradas novelas de Rodrigo Blanco Calderón (*The Night*) o de Karina Sainz Borgo (*La Hija de la Española*) describen magistralmente, como lo han hecho también las obras de Alberto Barrera Tyszka (*Patria o muerte, Mujeres que matan*) y de Francisco Suniaga (*Adiós Miss Venezuela*), o las novelas y cuentos de Juan Carlos Méndez Guédez y Miguel Gomes, de Ana Teresa Torres (*Diario en ruinas 1998-2017*), de Juan Carlos Chirinos (*Los cielos de Curumo*), de Eduardo Sánchez Rugeles (*26: La vida de Luis Alberto*), precedidos en tiempo y magisterio por aquel conmovedor relato mínimo dedicado al primer mártir de Hugo Chávez, Franklin Brito, escrito por el más grande novelista de la segunda mitad del siglo XX en Venezuela, José Balza (*Uno: Ejercicio narrativo*). El asunto es pues ya objeto de envidia estudiosa y de publicación académica (Patricia Valladares Ruiz: *Narrativas del descalabro, la novela venezolana en tiempos de revolución*), pero poco resuena, por razones de mayor urgencia, en nuestra vida diaria. Los venezolanos de este tiempo deberíamos saber sin embargo que hemos ganado la batalla simbólica contra la dictadura. La hemos

ganado en el campo menos esperado y más definitivo del imaginario. La hemos ganado gracias a artistas y escritores, quienes no han cesado de ofrecernos la pintura real de la tragedia, de la decadencia, del crimen, de la corrupción, de la desidia, de la obnubilación chavista y madurista. Y no podrán las generaciones por venir eludir esa pintura, ni podrá la dictadura presente evitar que se encarne como única imagen, caleidoscópica en su horror, de este tiempo; tampoco podrá ninguna propaganda vencer ya la plombezada certeza de sus obras.

En suma, la literatura del siglo XXI en Venezuela estará, ineludible e incontestable, marcada por el hierro del testimonio sobre estos tiempos sombríos, asunto que viene a encontrar su mayor confirmación, también, en nuestra más reciente (y mejor) poesía (Igor Barreto: *El Muro de Mandelstam*; Harry Almela: *Silva a la desventuras en la zona tórrida*, Alejandro Castro: *El lejano oeste*; Adalber Salas Hernández: *Salvoconducto*, entre otros) o en la crónica con la cual tantos hemos intentado dejar nuestra mirada escrita sobre la descarnada realidad que nos ha legado la camarilla de impostores que tomaron por asalto nuestras mejores instituciones (me referiré a la constante prédica de inmensos voceros, de César Miguel Rondón, Antonio López Ortega (*La gran regresión. Crónica de*



JOSÉ RAFAEL POCATERRA (1889–1955) | EL-NACIONAL.COM

“  
Los venezolanos de este tiempo deberíamos saber sin embargo que hemos ganado la batalla simbólica contra la dictadura”

la desmemoria venezolana 2000-2016) o Leonardo Padrón a Colette Capriles, Diómedes Cordero, Héctor Torres (Caracas muere), Arturo Gutiérrez Plaza, Roberto Mata o Willy McKey, y me tomaré la inmodesta licencia de citar mi propia contribución al género (*La república baldía. Crónica de una falacia revolucionaria 1995-2014*).

Igualmente maculadas por el horror chavista aparecen las artes visuales, el teatro, el performance y la fotografía en Venezuela, en las obras actuales de innumerables creadores: desde del gran testigo de la historia reducida a su más grotesco logaritmo que es Nelson Garrido hasta la afila-

da inteligencia conceptual de Juan José Olavarría, sin olvidar los incontables artistas empeñados en que nadie olvide nuestra noche colectiva: de Muu Blanco a Teresa Mulet, de Marco Montiel Soto a Luis Salazar, de Deborah Castillo a José Vivenes, de Ivan Candeo a Erika Ordostegui y Diana López, sólo para mencionar algunos entre la casi totalidad del arte venezolano de estos años. Es precisamente la imposibilidad de hacer una selección lo que revela la certeza allí donde desborda su evidencia: que todo el arte nacional se ha volcado, a la par que la literatura, a dibujar el testimonio de esta edad oscura. Esa es la batalla que aún se libra, pero que ya se ha ganado. Y nadie podrá, cuando se haga el recuento de la producción simbólica de estos años en Venezuela, negar esa certeza.

La guerra de las artes la ha ganado Venezuela, lo que hay de mejor en ella, de cuyo crisol puede esperarse otro país, más habitable y fecundo; un país que se vislumbra, a pesar del sufrimiento presente e incommensurable de todos, en un futuro próximo, instalado en el espacio de la justicia y en la reivindicación de la memoria para que sean posible entonces una palabra y una imagen más serenas. Podemos hoy contar con esa victoria y con la esperanza que de allí se desprende: porque sabemos que el arte no cambia nunca el mundo, pero fija inexorable y para siempre sus verdades. ☉

REFLEXIÓN &gt;&gt; LA POESÍA COMO TESTIMONIO

## Ante el totalitarismo

MARÍA ANTONIETA FLORES

Todo es política, todo es dinero: absolutos. Así se impone un pensamiento monolítico. Se entra en un lugar donde los extremos son invocados: uno solo de ellos, un solo extremo: no existe el otro. Revive el maniqueísmo y los matices son borrados. Una sola mirada, un solo pensamiento, una sola voz. Conmigo o contra mí. Más nada.

Mientras, el poeta debe elegir. O canta usando la voz impuesta o emprende el camino para encontrar y dejar escuchar su verdadera voz así sea disonante, que de eso se trata.

Pero lograr cantar con su propia voz lo coloca en un margen, en disidencia y en desobediencia. El poeta para ser debe desobedecer las normas impuestas por ese padre totalitario. La evasión, la fuga imaginativa no resolverán el con-

flicto. Se puede ser un turista de la poesía, pasear por lugares, fotografiarlos, pero no vivirlos. De alguna forma, el turista se evade en otro paisaje y es probable que en el suyo también. Se puede ser un viajero y vivir esa calle desconocida, esos otros que caminan al lado, esos lugares sin brillo y sin menciones en las guías turísticas junto a los más luminosos y recomendados lugares.

El poeta como un viajero avezado, se mueve entre sombras y luces, entre su voz íntima y la voz colectiva para así ser la voz de su tribu, una expresión que ya es lugar común gastado, perdido su significado original, su fuerza primigenia. Esto es muy obvio y poco inteligente señalarlo, pero es relevante subrayarlo en una época donde el yo, más bien su *selfie*, rige el mundo de las subjetividades. Ante el totalitarismo, el poeta debe ser la voz de las víctimas del poder hege-

mónico, condición que él mismo comparte: es víctima, pero debe apelar a la lucidez para alzar la voz, sobreponerse. Debe ser testigo y dar testimonio del horror.

Nada fácil encontrar el lugar del testimonio poético. En una época donde *Facebook* y *Twitter* son grandes templos evangélicos donde todos deben testificar, pronunciarse, reaccionar, seguir la tendencia, la línea marcada por alguna secreta orden, el poeta atrapado en las coordenadas de una estética y una ética se ve obligado a encontrar un lugar y una perspectiva poética singular, fiel al mandato de la poesía, porque yo todavía creo en lo sagrado que ella encierra y que si hacemos el trabajo interior ella nos muestra el camino. En la otra orilla, el panfleto mira al poeta y un poco más allá, la crónica o el *tweet*. La poesía prosaica está allí, viendo todo. Así, al



MARÍA ANTONIETA FLORES | VASCO SZINETAR©

poeta le toca una labor cuidadosa casi propiciatoria del milagro para que ese mundo poético que lo habita siga vivo a pesar de la tragedia y de los escombros y para que de él pueda brotar un poema, los poemas.

Cada quien, conocedor de la naturaleza de su mundo poético, debe profundizar en sus señales y símbolos, escribir sin traicionar ese mundo que se le

ha revelado con mayor o menor fortuna, consciente de que no saldrá a salvo de la situación que enfrenta.

La huella del totalitarismo permanece por largo tiempo en los hollados. No se supera de la noche a la mañana, la noche es larga y más de lo deseable. Su fuerza hegemónica es usada contra todo y la auténtica poesía no está a salvo de él, pero la historia nos muestra como los verdaderos poetas la han resguardado para que siga habitando entre nosotros. Ellos han preservado la masa madre y en sus poemas que registran las vivencias bajo una sociedad y un poder totalitario ha habido lugar para el suceder lírico, poético. No se han dejado asfixiar así sus publicaciones estuvieran prohibidas y sus versos circularan de forma oral.

Por eso ante nosotros sigue el lugar abierto, un reto, el abismo: la poesía nos ofrece un lugar para habitar y hacer del poema, el cual siempre confiesa algo, un testimonio tanto en lo personal, lo íntimo como en lo colectivo, en diálogo con los otros y en un territorio devastado casi en su totalidad y en todos los sentidos. ☉

RESEÑA &gt;&gt; A PROPÓSITO DE POESÍA ARCAICA GRIEGA (SIGLOS VII-V A.C.) TOMO I POESÍA PARENÉTICA

# En vísperas de guerra: Grecia y sus versos de hierro

DAVID NORIA

Oídme, caballeros: por la mañana todos armados seades.

## Cantar del mío Cid

La poesía guerrera griega –licor fuerte para aguijón de ejércitos– es una pira funeraria de palabras que apenas conocemos en el rescoldo de unos cuantos versos. Frases a medio acabar, truncas y entrecortadas por los puntos suspensivos de las ediciones, estos despojos literarios nos sugieren más de una dimensión de entendimiento: no solo estamos ante poemas que cantaron hace dos mil quinientos años la muerte, gloria y miseria de los guerreros, sino podría pensarse además que la voracidad del tiempo ha malherido también a las palabras mismas, dejándonos tan solo un cadáver, que los estudiosos recomponen con piedad como para identificar el cuerpo de un deudo.

Entre los siglos VII y V ante, Calino, Tirteo, Arquíloco, Mimnermo, Alceo, Solón y Simónides, –los siete prohombres de quienes se conserva este tipo de poesía– trajinaron los pliegues y salvaron los escollos de un mediterráneo atrevido y desmesurado. Eran los tiempos en que la guerra se libraba al menos una vez en la vida de cada uno que mereciera el nombre de varón. La vida debió ser entonces menos cierta.

No saber portar un escudo era cosa tan inusitada como no haber esforzado los músculos en la formación ciudadana de un servicio militar sin concesiones. El enemigo no tomaba necesariamente la forma del bárbaro; muy bien podía hablar el griego, y casi bastaba que su ciudad se hallara tras una cordillera o a pocas millas de mar. La mujer era ante todo la esposa y madre de los hijos, a la par que botín sujeto a vejación, y la parcela de tierra –la verdadera amada– era el único asidero de la libertad, entendida en su sentido más inmediato y telúrico como condición opuesta a la mendicidad o esclavitud: “Para el hombre es honroso y espléndido luchar/ por la tierra, los hijos y la legítima esposa/ contra los enemigos”. (Calino, fr. 1 W, p. 1, tr. Berruecos). “... dejar la ciudad y los fértiles campos/ y mendigar es lo más lamentable de todo./ errando con la propia madre y el padre anciano/ y con los hijos pequeños y la esposa legítima”. (Tirteo, fr. 10 W, p. 3, tr. B.). O bien:

“Esto es un bien común para la [ciudad y para todo el pueblo: que un hombre, con un firme [desplante, permanezca en el frente con encono, se olvide por completo [de la vergonzosa huida, exponiendo su vida y su ánimo [atrevido, y aliente con sus palabras al hombre [emplazado a su lado.” (Tirteo, fr. 12, pp. 6-7, tr. B.)

La dicotomía de matar o morir aliena la embriaguez de estas cruentas exhortaciones. Muertes “bellas”, libaciones del recuerdo y honorables exequias son los tópicos más recurridos en estos cantos o panfletos hechos para declamaciones de ocasión, fueran fiestas cívicas, banquetes de notables o vísperas de guerra. La fama y la gloria que animaban a los héroes de la *Iliada*, impulsan ahora la vida de los hombres de carne y hueso, que han dejado de ser los amos y súbditos de la epopeya para devenir ciudadanos; esto es, los griegos han inventado la ciudad, en la que el hombre, por vez primera, pronuncia la difícil palabra “política”. Los versos de Homero son de bronce mítico, literatura; la realidad de Alceo, Solón y sus contemporáneos, en cambio, es ya de hierro y plaza pública: interpretar los prestigiosos papeles de la epopeya no es más un ejercicio escolar de primeras letras, sino problemática situación vital del hombre ciudadano ante la violencia de la historia.

II En el siglo XIX el estado nación termina por dominar como la principal forma de organización de la sociedad. No bien los países acaban de conquistar sus respectivas soberanías, banderas e himnos proliferan ante la urgencia de consolidar (inventar) identidades. Estos últimos, en realidad, son la poesía parenética de nuestro tiempo. En su himno nacional, por ejemplo, los griegos reconocen a la libertad “por el terrible corte de la espada”, mientras los italianos al llamado de la patria “cierran filas listos a la muerte”. Los franceses, por su parte, ante el feroz enemigo “que viene a degollar a sus hijos y compañeras”, forman “batallones en aquel día de la gloria”, y cerca de una veintena de himnos hispanoamericanos son otro gran compendio de estos lugares comunes.

No solo por el contenido, sino por reunir en sí el ejercicio de la oralidad, la memoria y el acompañamiento musical –criterios indispensables del género–, estas composiciones modernas de Dionisios Solomós, Goffredo Mameli, Rouget de Lisle y hasta de Francisco Bocanegra o Rafael Núñez, los himnos nacionales, enardecen hoy, si no ya los campos de batalla, sí y con mucho los coliseos del fútbol. Pero el género no fue ajeno a la

alta literatura. Exhortación política es con todas sus letras la *Oda a la zona tórrida* (1826) de Andrés Bello, *La oda a México* (1855) de Casimiro del Collado y, entre muchas, la “Recordación de Maratón” (1957) de Salomón de la Selva, donde este poeta olvidado aventura que la batalla de Puebla fue comparable a aquella de los atenienses en el siglo V contra los persas.

América Latina, recordemos, ha hecho su propia epopeya, exhortación y epitafio. No de otro modo, cuando murió Simón Bolívar en 1830, se leyó sobre su tumulto en Colombia un epigrama sepulcral (en latín) no indigno de Simónides, donde se conminaba: “Quienquiera que estés observando este monumento mientras se realizan las exequias, pide el descanso para el que murió trabajando por la unidad de todos, y profiere un último adiós, como cuadra a un hombre agradecido”.

III El filólogo helenista Bernardo Berruecos, al seleccionar, comentar y traducir esta compilación de poesía griega arcaica, ha unido estrechamente su nombre al de autores y obras cuyo conocimiento, como él mismo anuncia: “beneficia y enriquece no solo al estudio de la historia de la poesía, sino al historiador en general”, puesto que estos textos reflejan “una serie de acontecimientos sociales de relevancia y envergadura capitales para el desarrollo del mundo griego: la emergencia de la *pólis* y de sus instituciones, la codificación de las leyes y el desarrollo de las actividades legislativas, la reforma hoplítica del siglo VII a.C., la noción de ciudadanía, la colonización, la acuñación de la moneda, la asunción al poder político de las nuevas clases sociales que buscaban una *isonomía* frente a la vieja aristocracia, el desarrollo del comercio, la laicización y secularización paulatinas de las diversas manifestaciones culturales, la emergencia del discurso filosófico y científico, entre otros” (p. XXIII). Por otra parte, estos estudios contribuirán, como es ya nuestra tradición secular (recordemos a Alfonso Reyes), a repensar nuestra propia poesía e incluso nuestra confusa política a la luz siempre reveladora de los helenos. ●

\**Poesía arcaica griega (siglos VII-V a.C.) tomo I poesía parenética*, estudio preliminar, versión, notas, comentarios e índices de Bernardo Berruecos Frank, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. México, 2018.

EL VUELO DETENIDO

## ¿De qué dolor llevas sucias las manos?



JULIÁN PADRÓN (1910–1954) | WIKIPEDIA

MARIO MORENZA

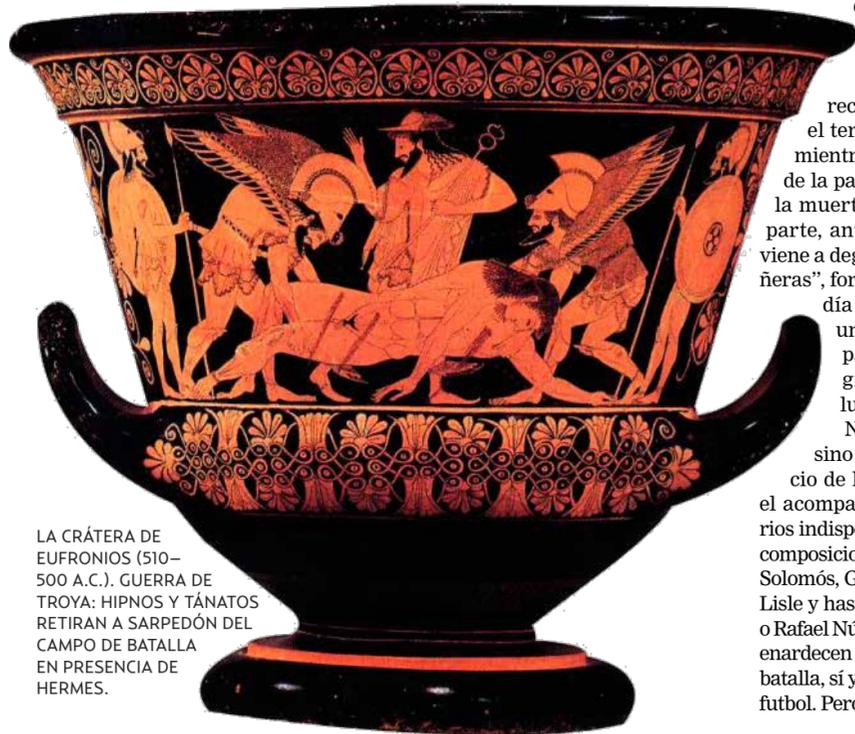
En 1937 apareció *Candelas de verano* de Julián Padrón. La colección de relatos se inicia con “El desterrado”, que destila realismo social y una artillería provista de armamentos tan obsoletos como los postes de luz que precariamente iluminan el pueblo. Le sigue “El capitán Silvano”, y en él notaremos un recurso estructural común en no pocos cuentos de este libro: en las primeras páginas se establece el contexto y se describe la psique del personaje. Después de estas esquemáticas dilaciones, el relato se mueve a velocidad de millas náuticas entre vertiginosas persecuciones en lancha dignas del manifiesto futurista y la infancia del capitán.

“Penélope” es un evidente homenaje a la *Odisea* con cierto aire a los cuentos de Guy de Maupassant, pero sin la libidinosidad y acaso chispa de las historias del autor francés. En “Lázaro” se narra la incendiaria locura de Salvador, personaje que se cree portador de una extraña enfermedad piromaniaca y su impulsiva manía de quemarse: “no buscaba su fin en la probable combustión. Solo aguardaba que esta se produjera para comprobar que la sentía”. La vida de Lázaro se define de este modo: “era la vigilante conciencia con que presenciaba la marcha de su destino. El asistir en vela perenne al progreso de su mal”.

“Manrufo” es oralidad y ritmo, prosa que se me hace inevitable asociar con *Canción de negros* de Guillermo Meneses. Manrufo atemoriza a todos en el pueblo, por momentos nos recuerda a Presentación Campos de *Las lanzas coloradas*. “¿De qué dolor llevas sucias las manos?” le pregunta su madre a Munegro, que desea apresarle. De factura criollista, en “Candelas de verano” nos abruma la imagen alucinante de las bolas de fuego, un elemento surrealista entre tanta tierra y tantas costumbres.

Los tres cuentos que cierran el libro coinciden en su estructura narrativa. En “Insolación” se nos narra la violación incestuosa de Ana, lo que desencadena la venganza y locura de Pedro Pablo. “El negro Gertrudis” es probablemente el de más gracia y peripecia del compendio. Hallamos cierto pacto de verosimilitud cuando leemos una transcripción, en apariencia oficial, realizada por un juzgado. Además, el cuento está dedicado a su protagonista que fue “real”, a juzgar por la lectura: un apasionado por el alcohol y las mujeres.

Finalmente leemos el autoficcional “Biografía de un niño”, saturado de florituras empalagosas, alejado del nivel narrativo de los otros trabajos de este libro. ●



LA CRÁTERA DE EUFRONIOS (510–500 A.C.). GUERRA DE TROYA: HIPNOS Y TÁNATOS RETIRAN A SARPEDÓN DEL CAMPO DE BATALLA EN PRESENCIA DE HERMES.

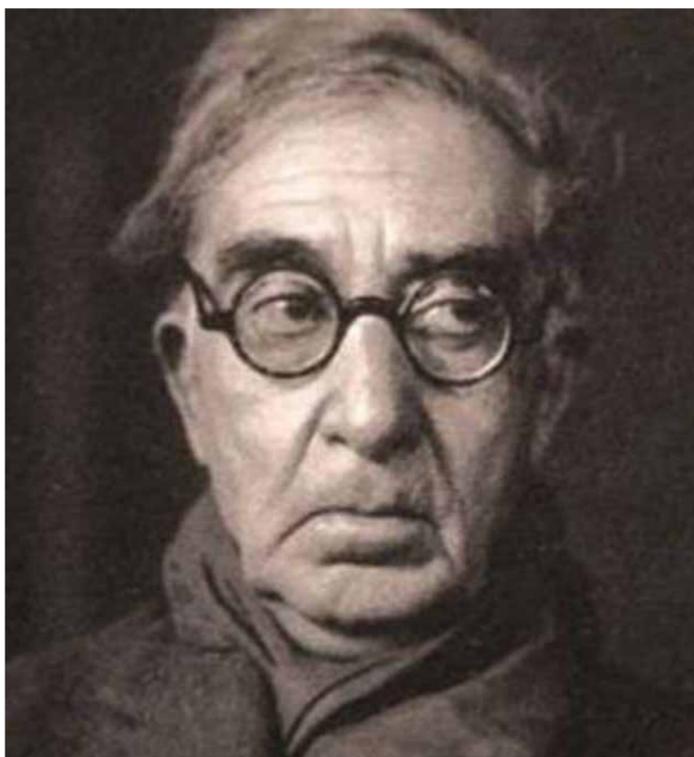
## Los caballos de Aquiles

Cuando vieron que Patroclo había sucumbido, tan valeroso él, tan fuerte y joven, los caballos de Aquiles se entregaron al llanto: les indignaba en su inmortal naturaleza el contemplar esa obra de la muerte. Sacudían sus testas y agitaban sus largas crines, golpeaban la tierra con sus cascos, y se lamentaban por Patroclo, al que sentían inerte, devastado; ya mera carne sin valor, su espíritu perdido; indefenso, sin aliento. Vuelto ya desde la vida a la gran Nada.

De los inmortales caballos vio Zeus las lágrimas y sintió pena. “En las bodas de Peleo”, dijo, “no debí obrar con tanta insensatez: ¡mejor que no os hubiera dado en obsequio, caballos míos desventurados! ¿Qué se os habrá perdido aquí entre los míseros humanos, los juguetes del destino? Vosotros, que ni os guarda la muerte, ni la vejez, pasajeras desgracias os someten. En sus propios tormentos os enredaron los hombres”. Pero sus lágrimas, por la durable desgracia de la muerte, seguían derramando esos dos nobles animales.

Constantinos Petrou Cavafis

\*Tomado de *Poesía Completa* de C. P. Cavafis. Traducción, prólogo y notas de Juan Manuel Macías. Editorial Pre-Textos. España, 2015.



CONSTANTINO CAVAFIS (1863–1933) | ZENDALIBROS.COM

El 1 de julio de 1999, el jurado anunció el fallo: entre las 220 novelas que participaron en el concurso, *Los detectives salvajes* resultó ganadora del Premio de Novela Rómulo Gallegos que, en 1998, también había ganado el Premio Herralde

JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS

#### Espectros mexicanos

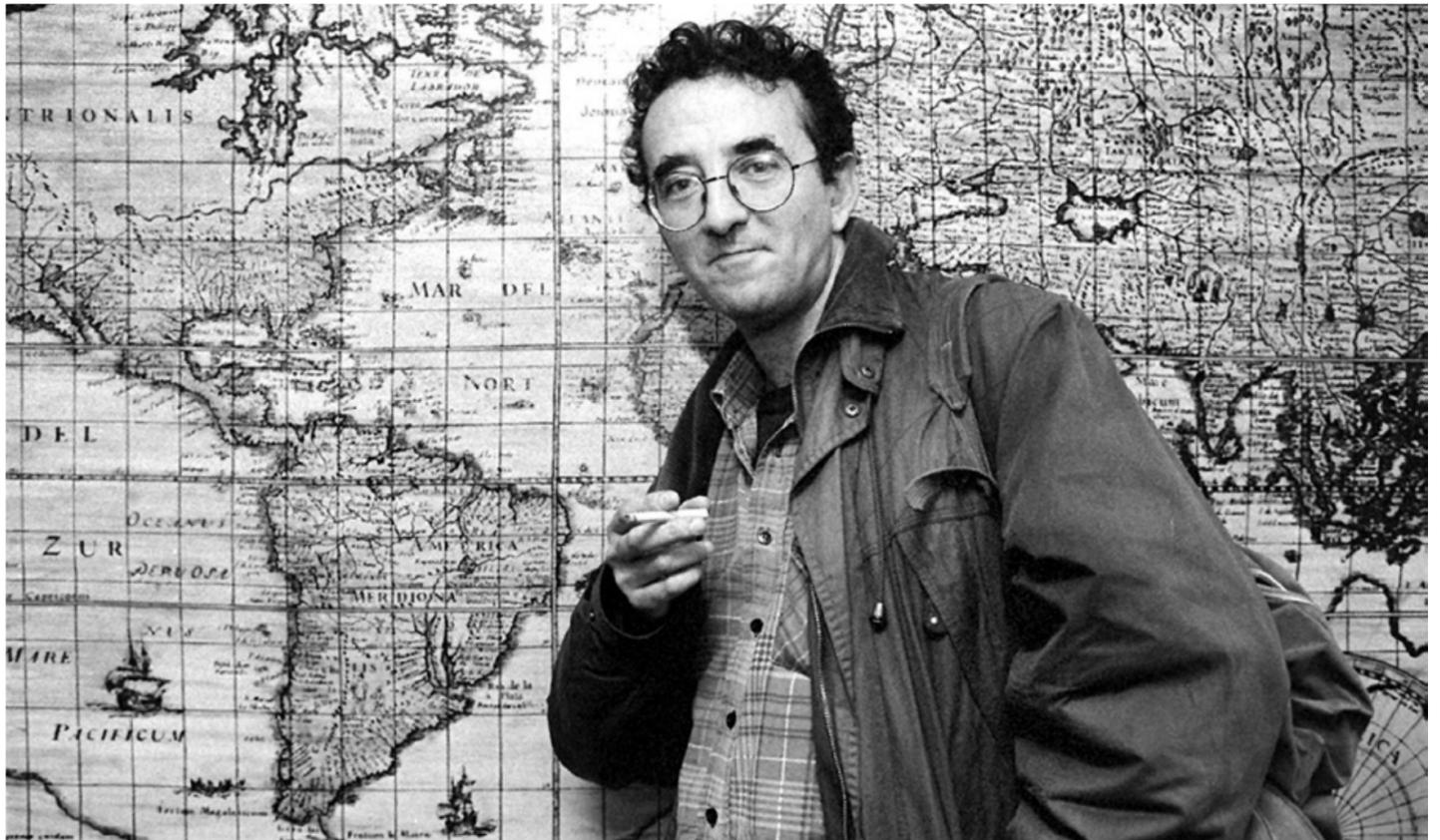
La obra narrativa de Roberto Bolaño es una de las propuestas más originales de la literatura latinoamericana de la última década. Es, asimismo, uno de los proyectos más lúcidos, inteligentes y atrevidos, de lo cual da perfecta cuenta el hecho de que *Los detectives salvajes* acaba de obtener el Premio Rómulo Gallegos.

Bolaño posee un especial talento para unir lo divertido con lo dramático, para integrar las aventuras literarias en las sórdidas aventuras de la vida, para reconstruir con eficacia la dinámica de espacios geográficos que le son familiares como México, Santiago de Chile, París o Cataluña, y para dar un contenido político (el golpe de estado de Pinochet, el mayo del 1968 mexicano) y humano sin caer en la rigidez ideológica o en el moralismo. Escritura en la que apenas si hay descripciones, la trama depende casi exclusivamente de la agitada y variada presencia de numerosísimos personajes que nunca pierden su marcada individualidad y que, en consecuencia, tienen, cada uno de ellos, cierta presencia protagonista. Es por esta razón que las novelas de Bolaño están concebidas fragmentariamente, como una feliz acumulación de escenas —dentro de una tradición inaugurada por Cervantes y que comparte con *Rayuela* de Cortázar y *Lo demás es silencio* de Augusto Monterroso, lo mismo que la percepción absurda o visionaria de la realidad más mezquina que vemos en Juan Villoro o en el barcelonés Enrique Vila-Matas.

México (del DF al desierto de Sonora) es el centro geográfico de la última y más ambiciosa novela de Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes*. Los detectives son dos: Ulises Luna, un tipo aindiado y fuerte que en realidad se llama Alfredo Martínez, y *el alter ego* de Roberto Bolaño, Arturo Belano, un atractivo chileno nacido en 1953 y que llegó a México en 1968. Ambos son los fundadores del realismo visceral, movimiento poético vanguardista. La creación, la difícil identidad y la desintegración del grupo es uno de los temas centrales del presente narrativo. Un presente en el que se subraya el aspecto generacional. Los jóvenes iconoclastas rechazan, con una inconsistencia que es reflejo de la realidad histórica de México, la figura de Octavio Paz como maestro.

Ulises Lima y Arturo Belano, personajes también contradictorios y ambiguos, a los que es imposible juzgar moralmente y mucho más (dada la fuerte carga sentimental) racionalmente, buscan las raíces del movimiento en un grupo vanguardista de los años veinte, los realvisceristas del norte, contemporáneos de los estridentistas. El nombre no es una coincidencia. “Más bien un homenaje. Una señal. una respuesta”. Los realvisceristas se perdieron en el desierto de Sonora, entre ellos la enigmática figura de Cesárea Tinajero o Tinaja. Es así como se iniciará la búsqueda por parte de esos dos oportunistas, traficantes de drogas o rebeldes. Difícil saberlo, porque en esta obra llena de testimonios parece ser que todos han perdido la memoria.

La búsqueda es doble: por un lado, afecta a las relaciones humanas, en



ROBERTO BOLAÑO, EN 1997 | ELPAIS.COM, MANOLO S. URBANO©

RESEÑA >> 20 AÑOS DEL PREMIO RÓMULO GALLEGOS A ROBERTO BOLAÑO

# Palabras contra el tiempo

las que el sexo es un factor determinante. También la necesidad de romper con la soledad. Por el otro, una búsqueda literaria. La novela está dividida en tres partes: en la primera el narrador es Juan García Madero, joven de diecisiete años que vive con unos tíos suyos y que forma parte del grupo real visceralista. Aquí dominan las relaciones entre los distintos miembros del grupo, con personajes como María Font dispuesta “a coger hasta perder el sentido”, y su hermana Angélica, que si no ha perdido la virginidad la perderá pronto. Las camareras Rosario y Brígida, la fallecida poeta Laura Damián, mágica ausencia, la joven prostituta, Lupe, Piel Divina, Ernesto San Epifanio, etcétera, etcétera. El contacto con la generación de los mayores se establece a través de Joaquín Font, Quim, quien acaba loco por culpa de sus hijas y de la desaparecida Laura Damián y que se convierte en uno de los personajes más ricos y trágicos. Aunque en realidad “no estoy loco, dije yo, solo confundido (...), y pensé en los terremotos de México que venían avanzando desde el pasado, con pie de mendigos, directos hacia la eternidad o hacia la nada mexicana”.

Esta búsqueda desesperada de una identidad humana y esta constatación de la locura tienen un valor simbólico. El mismo que encontramos en la segunda parte del libro, centrada en la búsqueda de los desaparecidos Lima y Belano, que a su vez están buscando a la no menos enigmática Cesárea Tinajero. La reconstrucción está hecha a través del contrapuntístico testimonio de una variada galería de testigos. La generación de los mayores está representada aquí por otra de las figuras más conmovedoras y completas del libro, Amadeo Salvatierra. Su testimonio se desarrolla a lo largo de una noche. La locura de Quim, su peculiar y melancólica forma de ver la realidad, está sustituida por el alcohol. Gracias a él recuperamos el pasado: “Y así como hay mujeres que ven el futuro, yo veo el pasado de México y veo la espalda de esta mujer que se aleja de mi sueño, y le digo, ¿a dónde vas, Cesárea?, ¿a dónde vas, Cesárea Tinajero?”

A dónde va Cesárea lo descubrimos en la tercera parte gracias a la búsqueda de Lima, Belano, García Madero, de nuevo en su papel de narrador, y Lupe. Ahora es Cesárea la que representa la difícil vinculación con la generación de los mayores, con “el otro México”. También ella parece tocada por la locura, por la desgracia y por la derrota. La paradoja es que finalmente la encuentran, pero para llevarle la muerte. Todo parece

haber sido un lamentable malentendido oculto en una telaraña de malentendidos. Por eso no hay respuesta final. “Ay, Lupe, cómo te quiero, pero qué equivocada estás”. Hay, en estas palabras de García Madero, una afirmación de amor, la única estable del libro, pero ni siquiera podemos saber en qué está equivocada Lupe. Ni qué va a ser de Lima y Belano. Los realviscerafistas se han desintegrado definitivamente, como se desintegró casi cincuenta años atrás el mundo de Cesárea Tinajero: “todos los mexicanos somos más realviscerafistas que estridentistas, pero qué importa, el estridentismo y el realismo visceral son solo dos máscaras para negar a donde de verdad queremos llegar. ¿Y a dónde queremos llegar?, dijo ella. A la modernidad”. Lo que nos remite a una escena espléndida, la de Octavio Paz caminando en círculos por el Parque Hundido, que nos remite a su vez a la ventana del final del libro: una ventana vacía, a punto también ella de desaparecer.

Bolaño nos ofrece, pues, en esta novela de más de seiscientas páginas, la desgarradora búsqueda de una generación, la suya, que ha estado buscando el vacío y que, en un país sin futuro, solo parece encontrar respuesta en un pasado ya perdido. Un vacío que no es solamente literario. La unidad del libro se encuentra en el aliento y el desaliento, en la locura, las sombras, el olvido, el llanto, los malos olores, el sueño, la búsqueda, la huida y las desapariciones, la

vejez y la muerte, la libertad y el desamparo, el misterio y las ideas desmesuradas y, sobre todo, las relaciones espectrales.

Y están, asimismo, para subrayar lo fragmentario, los cambios, los viajes, los monólogos y los diálogos. Todo se convierte en narración, el libro se puebla de historias, “su gusto por contar historias desesperadas, mi gusto por escucharlas”. Un gusto que comparte el lector al leer o escuchar la historia del sordomudo que de pronto habla, las nuevas mujeres en la vida del narrador, el triste destino de Impala de Quim Font, la aventura de las cuevas, la navegación en el *Isabel*, la herencia de Hermito Kunst, el proyecto de fundación de Estridentópolis, la historia de amor de la millonaria y el vagabundo, un cuento “un poquito sublime y un poquito siniestro. Como todo amor loco, ¿no?”, el duelo en la playa, la aparición de la Virgen, y, a destacar, las conversaciones de Amadeo Salvatierra, Auxilio Lacouture, la madre de los poetas de México encerrada en el váter de la universidad “cuando fue violada la autonomía en aquel año hermoso y aciago” de 1968, “ese váter fue mi trinchera y mi palacio del Duino, mi epifanía de México”, Quim Font en el manicomio de La Fortaleza, donde los locos “deambulaban como pajaritos, serafines o querubines con el pelo manchado de mierda”, las visiones de Quim Font, el ya mencionado encuentro de Ulises Lima con Octavio Paz, la historia africana de López

Lobo y sus dos hijas o la de la sima contada por Xosé Lendoiro.

Nos encontramos, pues, ante una novela concebida *cortazarianamente* como un juego que “conserva intacta la felicidad y el misterio de toda mi triste y vana historia”, que es la historia de toda una generación para quienes, tras la desintegración del sueño de la revolución y la libertad, “ocurrió lo que suele ocurrirles a los mejores escritores de Latinoamérica o a los mejores escritores nacidos en la década de los cincuenta: se les reveló, como una epifanía, la trinidad formada por la juventud, el amor y la muerte”, es decir, los tres temas centrales de *Los detectives salvajes*, una de las mejores novelas mexicanas contemporáneas escrita por un chileno que reside en Cataluña. ☉

\*El ensayo “Palabras contra el tiempo” está estructurado en dos secciones. La primera, que aquí publicamos, se concentra en la novela *Los detectives salvajes*. La segunda reflexiona sobre los vínculos que existen entre 2666 —la novela póstuma de Bolaño— y *Los detectives salvajes*. Forma parte de la segunda edición de *Bolaño salvaje* (Editorial Candaya. España, 2013), cuya compilación, edición y prólogo estuvo a cargo de Edmundo Paz Soldán y Gustavo Faverón Patriau. El volumen incluye 28 textos: algunos de talante ensayístico, otros de disciplina académica. Además, la edición incluye un CD, que contiene un reportaje de 40 minutos de duración, dirigido por el cineasta Erik Haasnoot, que tiene por título, *Bolaño cercano*.



ROBERTO BOLAÑO | YACONIC.COM

## DIETARIO

## Precario

Durante varios meses, muy temprano por la mañana, solía tomar la ruta de la autopista Valle-Coche desde Tazón por el canal de contraflujo. Aprovechaba la tranca matutina, muy pegada a la defensa pintada de amarillo que separa los canales de ida y de venida, para registrar con la camarita de mi celular los despojos empujados hacia la cuneta de la ruta. En ese borde se fueron asomando guantes de aseadores urbanos, zapatos, latas, vasos de café estrujados, vidrios rotos o pedazos de latón arrojados en el camino. De regreso a mi casa, en otro punto del mismo trayecto por donde conducía a diario, observé por varios meses cómo iba creciendo una torre de desperdicios hasta convertirse en una masa compacta. Una tarde cuando la torre de barro, potes,

restos malolientes, bolsas plásticas y muchos escombros, estuvo bien crecida, resolví salir del carro a contemplar aquel animal inerte y vivo que presentaba –al menos eso fue lo que supuse– un buen resumen de las personas que levantaron la pieza. Nunca logré entender qué cosa me había impulsado a fotografiar semejante paisaje, cuando, en ese mismo sendero crecía esplendorosa y bella, una palma real. Luego de un tiempo, leí el poema “Basura” de A. R. Ammons, un extenso y penetrante texto que plantea la necesidad de indagar en la porquería como una forma de comprensión de lo contemporáneo. Fue entonces, cuando pude tener una idea del porqué me había resultado tan impactante aquel botadero.

Xiomara Jiménez



CORTESÍA DE XIOMARA JIMÉNEZ

## País de lázaros

En una de las tertulias de ribetes positivistas, tan frecuentes en la novela, un progresista personaje de *El hombre de hierro* (1907), de Blanco Fombona, apela a la imagen “país de lázaros”, para denotar las miserias enquistadas, incluso en la capital, durante la oscura década de El Cabito. Picón Salas parece retomar la imagen en *Los días de Cipriano Castro* (1953), al hablar de la Aclamación de 1906, cuando “la voluptuosa Caracas pasa a inundarse de champagne en los grandes bailes de la temporada”, mientras cundía la pobreza en los barrios misérrimos de la capital, asolados por tuberculosis y otras endemias que diezaban la población. También a propósito de las semanas de 1908, cuando seguía supurando el riñón de don Cipriano, mientras la peste bubónica se apoderaba de una capital “lela de espanto”. Y por contraste con ese país de bloqueos y revueltas, de endemias y catástrofes, la feble modernidad caraqueña reportada en las páginas de *El cojo ilustrado*, resultaba casi “una ironía”, Picón dixit.

Arturo Almandoz Marte

## La melancolía de los desterrados

Es verdaderamente inexplicable comprobar, día tras día, cómo se nos va despoblando la memoria, cómo desaparecen aquellos con los cuales alguna vez sostuvimos una relación afectuosa, una cercanía anclada en el corazón y en las palabras. Muchos se han muerto y otros, la mayoría, han elegido el destierro en tanto salvación inevitable y dolorosa de sus vidas. En cualquiera de los casos, la ausencia permanente es una inevitable constatación, cuyo impacto nos desasosiega y

también nos abruma. Desde la nostalgia infinita, comenzamos, en plena borrasca, a vivir nuestras vidas en el más estricto desamparo. Alguna vez escuché –aún con asombro–, que la patria no es otra cosa que una solitaria carpa instalada en el desierto. Se ha, entonces, de extrañar a los amigos trashumantes, a las amantes caprichosas y felices, a un hermano obstinado y convencido de haber optado por otros paisajes; se extraña, en fin, la risa, el rumor de las palabras,

los besos robados, el azar de los encuentros extasiados en la ebriedad nocturna. El destierro ha hecho su trabajo parsimonioso de horadar el tiempo en beneficio de la ausencia. La melancolía de los exiliados no alcanza a sostenerse dentro de sus propias impiedades. En cierta forma, un destino extravagante y rudo como la piedra, nos ha vencido. Hemos, al fin, aprendido el arte del cansancio y del olvido.

Juan Carlos Santaella

## España vertebrada

Fernando Sánchez Dragó, un conocido escritor español, ganador del Premio Planeta y el Nacional de Ensayo con su historia mágica de España: *Gárgoris y Habidis*, tiene una fuerte raíz espiritual, no católica o dogmática, pero si sensiblemente abierta a cualquier tratamiento serio del tema. Narró en *Muertes paralelas* la historia del fusilamiento de su padre por los nacionalistas en 1936 y es el coautor de un libro reciente sobre la política española –*España vertebrada*–, más bien la transcripción de una larga conversación suya con Santiago Abascal, el fundador y máximo

dirigente del partido VOX, ubicado a la derecha del espectro político español. El libro sorprende por su sentido común, no es la confesión de un dirigente tradicional, habituado a utilizar los clichés de la corrección política, sino la expresión franca de su preocupación por algunos temas de la vida política española, que no han sido abordados antes con tanta sinceridad. La inmigración ilegal, por ejemplo. Hace poco asistí a un conversatorio con Stephen Smith, un investigador norteamericano, analista de la ONU, a raíz de la publicación de su último ensayo:

*Huida a Europa*. Smith sostiene que en los próximos 30 años al menos 150 millones de africanos se mudarán al viejo continente, a menos que mejoren las condiciones de vida en sus países natales. España recibirá una oleada de 20 millones de subsaharianos. El problema es real y Abascal lo afronta con inteligencia y sensibilidad, más allá de lo que sus enemigos electorales puedan decir. Sustenta su argumento con amplias lecturas y sentido crítico. El libro es una sorpresa y el abreboca de la reacción española contra la ultraderecha y el chavismo internacional.

Ricardo Bello

Armando Coll

SE CUMPLEN 25 AÑOS DE SU ESTRENO EN ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

## La lista de Schindler: fusión de lo artístico y lo popular

NARCISA GARCÍA

El escritor Imre Kertész ha declarado: “Sé que muchos no coinciden conmigo cuando califico la película de *kitsch*. Dicen que Spielberg prestó un gran servicio a la causa por cuanto su película atrajo a los cines a millones de personas, muchas de las cuales no mostraban normalmente interés por el tema del Holocausto. Puede ser. Pero, ¿por qué debo yo, sobreviviente del Holocausto, y poseedor de otras experiencias de terror, alegrarme de que sean cada vez más las personas que ven estas experiencias en la pantalla... de manera falsificada?”. Y comenta el profesor Juan Antonio García Amado: “Se embellece la realidad de Auschwitz al presentar una excepción donde apenas las hubo”.

Mucho se criticó a Steven Spielberg por *La lista de Schindler* (1993). Se creyó que había banalizado el Holocausto haciendo de la historia de los sobrevivientes una “película comercial”. Roger Ebert señala al respecto que ya Claude Lanzmann había hecho un documental severo, profundo e importantísimo (*Shoah*), sin embargo, pocas personas se atrevían a sen-

tarse por nueve horas, su duración, a verlo. Spielberg contó una historia basada en un episodio horroroso de la historia reciente con respeto y dirigido a la mayor cantidad de personas posibles. No es un documental. Parece tonto tener que aclararlo, explicar que la ficción solo debe ser coherente consigo misma. “La habilidad particular de Spielberg en sus películas serias ha sido unir lo artístico con lo popular”.

La cinta empieza con la llama de un fósforo y una vela para la oración del *shabat*. Una vez esta vela se apague, el humo se transformará en el que desprenden los trenes camino a Auschwitz, e implícitamente en aquel que saldría de los hornos. De color a blanco y negro, de la vida a la muerte, del rezo a lo inefable. De Dios a la Nada.

El Schindler de Spielberg es un embaucador: burla al sistema nazi llevando a las autoridades y soplones a creer que solo procura su enriquecimiento, consigue sobornos, adula donde debe hacerlo y seduce a quienes necesita para mantener su engaño. Se comporta como un adulador miserable, pero gracias a su charlatanería, a esa *caracterización*, llegó



FOTOGRAMA DE LA LISTA DE SCHINDLER (1993), DE STEVEN SPIELBERG | IMDB

a salvar muchas vidas. No son desconocidos los talentos escénicos del *Führer*. Como si lo que hiciese falta es un actor para engañar a otro. En un número no despreciable de cintas (como *Ser o no ser*, *El libro negro*, *La vida es bella*, *Bent*, *La novicia rebelde*, *Malditos bastardos*, *El capitán*, etc.), y aunque sean ficciones cómicas o edulcoradas, quienes *actúan* vencen al nazismo. Si fuese comunismo, no estaríamos contando esta historia. Probablemente, uno o varios de los salvados de Schindler habría delatado al salvador por contrarrevolucionario. Y Occidente enrojecido, y no

de vergüenza, seguiría guardando silencio.

La fotografía en blanco y negro siempre ha sido halagada en esta cinta. La manera de iluminar a los personajes responde a una postura moral. MaryAnn Johanson comenta la escena en que Schindler está en el local nocturno que frecuentan los funcionarios, sentado a oscuras, y con solo una franja de luz en la mirada. Tiene intenciones honestas, aunque mercenarias. Sin embargo, más adelante, cuando quiere engañar a los oficiales, y les miente para proteger a “sus” judíos, la franja de luz desa-

parece. En el primer caso es honesto e inmoral; en el segundo, falso y moral. A Goeth, por ejemplo, nunca se le fotografía en la oscuridad. Como buen villano, siempre cree estar haciendo el bien.

Spielberg cuenta esta historia con sutileza, sin melodramas: enfrenta la “lista de la vida” y la bondad de Schindler a la maldad y estupidez puras del comandante Goeth. Ebert se pregunta si tal vez un villano menos obvio habría funcionado mejor: enfrentar a Schindler, un hombre común que no siguió órdenes, a un funcionario menor, un hombre común que sí las haya seguido. El personaje de Finnes podría, sin embargo, representar a aquel alemán que consideró que sus asuntos personales estaban por encima del bien y el mal.

Lo que resulta poderoso y conmovedor en *La lista de Schindler* es que se expone que un hombre hizo algo mientras otros no. Y que ese hecho, plantarle cara al Mal, haya salvado lo que para final de siglo pasado eran más de seis mil descendientes de sobrevivientes, es lo que hace esta historia no solo obligatoria de ver, sino que, como bien señala Ebert, sea vista por la mayor cantidad de gente posible. ●